

IGLESIA SAN PEDRO DE LAMBAYEQUE¹

La iglesia colonial de inicios del s. XVIII San Pedro de Lambayeque siempre capturó mi atención desde que la visité por primera vez en los 80. Su tamaño impresionante, que contrasta aun hoy con las diminutas edificaciones modernas vecinas, su aire bucólico y olor a campiña, dan cuenta de un pasado de esplendor en tiempos virreinales que continuó con fuerza en la época de las haciendas hasta mediados del s. XX.



Vista de la Iglesia de Lambayeque

La iglesia de Lambayeque es un testigo solitario de un pasado glorioso; el ícono vivo de un momento de triunfo del vigor del campo y de las haciendas sobre el influjo de la ciudad y el poder del comercio que representa la ciudad de Chiclayo. Por ello, cuando la recorro, resulta inevitable no sentir junto a un inefable sentimiento de calma y de paz, el triste sabor del abandono y de la decadencia.

¹ Dedicado a mis amigos profesores mochileros y a mis estimados alumnos y colegas de la maestría de la Universidad Pedro Ruiz Gallo de Lambayeque

En los últimos años la feliz circunstancia de dictar unos cursos de posgrado en una contigua universidad y otear cada soleada tarde desde las ventanas de las aulas sus dos esbeltas torres, ha revivido este viejo interés. Pienso que esto puede ser acaso un llamado del destino, y como no quiero jugarme con sus designios, me apresuro a trazar esta semblanza.

Lo primero que resalta a la vista de la antigua y aún bucólica ciudad de Lambayeque son sus dos torres esbeltas y sobrias, de tres cuerpos, de forma octogonal, y de estilo neoclásico cuya altura alcanza los 40 metros.



Fachada y torres de la Iglesia

Leyendo la descripción que efectuará Aurelio Miro Quesada en su obra *“Costa, sierra y Montaña”* escrita el año 1938, se descubre que la iglesia contaba entonces sólo con la torre que mira a la plaza donde se ubica el campanario y un reloj moderno que estimamos no es el original donado por el hacendado Manuel Salcedo en abril de 1864.

Efectivamente, una pronta indagación corrobora que la segunda torre, idéntica a la primera, fue edificada a instancias de los padres dominicos con ocasión de sus bodas de plata en Lambayeque celebradas en 1948.

La segunda torre, que no cuenta con el innecesario adorno del reloj, da ciertamente unidad y composición al entorno de la fachada. Este dato sugiere que debe haber estado considerado en el plano original del anónimo arquitecto del s. XVIII cuya construcción impulsó el cura Juan Suarez de Solís. Quizás pasó allí algo muy común en la edificación de iglesias virreynales: los fondos no alcanzaron para ultimar los detalles de las torres.

Como algunas iglesias coloniales, su planta comprende una amplia extensión que abarca todo un lado de la antigua plaza de la ciudad, llamada oficialmente 27 de diciembre en recuerdo de la fecha en 1820 cuando los vecinos se pronunciaron en favor de la Independencia. Sin embargo, el pueblo la conoce como Parque de la Venus, por una escultura desnuda de la bella diosa romana que se yergue en la pileta central desde una remodelación municipal efectuada en 1994.



Vista de la Plaza Principal y de la Iglesia

El interior de la Iglesia es toda una sorpresa. Si por afuera la fábrica es sobria y austera, por adentro proliferan en sus columnas y paredes varios colores y en sus cinco bóvedas unas extensas pinturas murales de corte simple, de no muy buena factura.



Mural de la bóveda sobre el Juicio final



Jesús y Pedro en San Pedro con Papa Pio XII en bóveda 3°)

Algunos colores que adornan los arcos, columnas y paredes simulan un mármol rosa inexistente que, según refiere el padre Angel Menendez Rúa en su *Boceto Histórico de la Iglesia de Lambayeque*, el más completo estudio sobre esta iglesia, fue obra del pintor italiano Victor Manuel Terzolo en 1927. Otros

murales tienen la virtud de dar vida, quizá con demasiada fuerza, a las capillas laterales y contrastan vivamente con la severa austeridad de la fábrica.

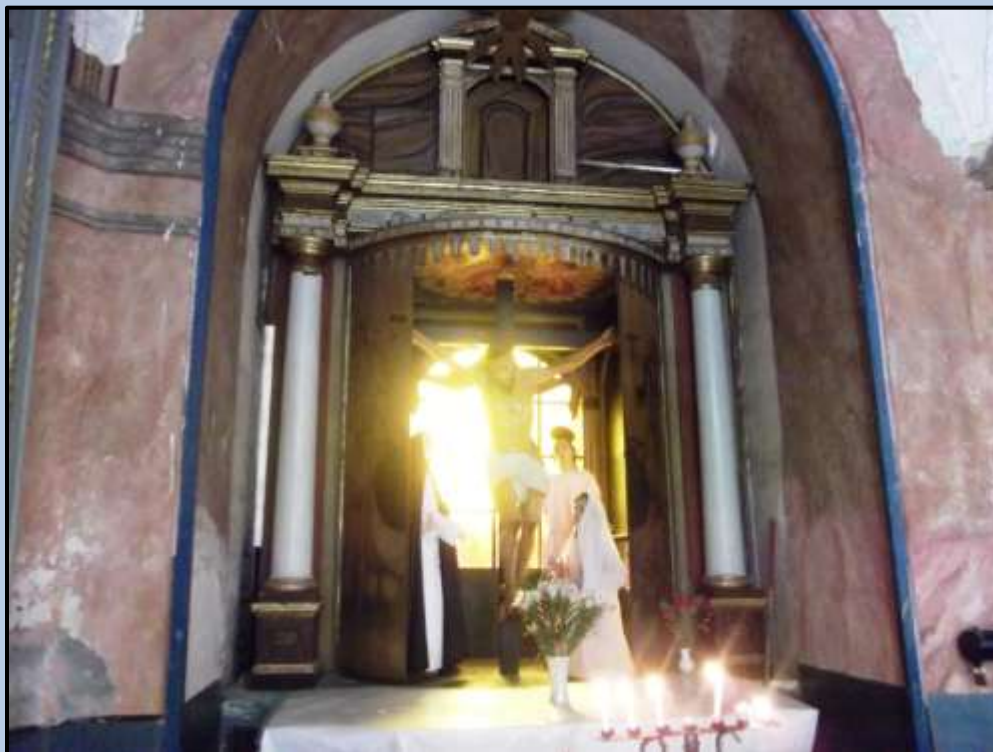


El altar mayor con una imagen del San Pedro es de estilo clásico, muy sencillo y revestido de pan de oro. El original se perdió en un incendio en 1891. No es el de mayor valía por cuanto los retablos del crucero tienen mejor calidad artística. El hermoso púlpito trabajado en madera natural por el artista polaco Gramatiquin, en su conjunto, con su base y tornasol, resalta notoriamente.



Vista del altar mayor y del púlpito

El retablo de estilo barroco que destaca es el del Cristo de la Caída, por su buen trabajo en cedro de la imagen y sus simpáticas columnas salomónicas. Otro retablo notable es el del Señor de la Agonía con sencillas cariátides que reemplazan en parte a las columnas salomónicas y el Altar de la Exaltación, entre otros.



Altar de la Exaltación



Hacia al lado derecho de la puerta principal (la iglesia cuenta con dos entradas laterales) se aprecia resguardado dentro de una urna de vidrio, una buena talla del Señor del Sepulcro, donado según se lee en la diminuta placa de bronce adjunta por un hijo predilecto de la ciudad: el ex presidente Augusto B. Leguía. Rubén Vargas Ugarte en su libro *"Itinerario por las iglesias del Perú"* afirma que la anterior talla le hacía ventaja lo cual no podemos corroborar por desconocerla.



Señor del Sepulcro donado por presidente Augusto B. Leguía

La iglesia, que durante un tiempo debido a la imposibilidad de su homóloga de Trujillo, fungió de Catedral, es una bella expresión arquitectónica de una iglesia colonial en medio de una activa zona rural de provincia.

Rodeada de un largo y grueso muro perimétrico que parece alcanzar por trechos los tres metros de ancho, su sencilla fachada se engalana con dos viejos y nobles árboles de pino situados en su patio exterior, delante de cada torre, cuya altura reta a la de sus compañeras y se pueden apreciar desde cualquier punto de la ciudad

GALERIA DE FOTOS

